

Selección de microrrelatos de Dolores Campos-Herrero

¿Por qué lloras?

¿Por qué lloras?, le preguntó la madre al niño. El pequeño gimoteaba más desconsolado que otros días de camino a la guardería.

La madre tenía prisa. Iba a paso rápido y miraba el reloj con impaciencia.

Pensaba que ojalá no tardara mucho en encontrar un taxi.

El niño siguió llorando por pura inercia.

¿Qué te pasa ahora?, preguntó la madre sin perder la paciencia.

El pequeño se quedó alarmado, por unos momentos, porque ya había olvidado los confundidos ojos azules del mendigo que tanto se le habían parecido a los de su padre.

Breverías

Noticias urgente II

Llegó un telegrama, pero en aquella casa nada era demasiado urgente. Ese año, al final de la cena de Nochebuena brindaron por el amigo al que no lograron ver durante el verano último.

Otra vez será, se dijeron felices.

Conociendo su lentitud y lo poco que se ocupaban de abrir correspondencia alguna, a nadie se le ocurrió, comunicarles, doce meses después, la malísima noticia del atropello.

Gracias a eso, en aquel hogar de vez en cuando se recuerda y aplaude la buena salud del difunto.

Finales Felices

Vendedora ambulante

Los extraños pastelillos que lleva en su cesta los prepara con cuidado cada noche. Les pone un poco de esto, de lo otro, de lo de más allá. Y una pizca de su ingrediente secreto. Y el resultado está a la vista: estos deliciosos dulces que tapa con precaución y mimo. No se los vende a cualquiera. Por el contrario, finge casi siempre ir ya de vacío. No le importa hacer y deshacer cada día lo mismo. Sabe que alguna vez volverá a encontrarse con aquel hombre. Después de tantos años. Lo sabe. Su receta es dulce. Tanto como la venganza que aguarda....

La casa de la playa

Había vivido tantos años tierra adentro que la nostalgia del mar se había convertido en uno de esos males de fácil diagnóstico. Cuando decidió comprarse aquella casa en la playa, era la típica chica de ciudad, de sandalias y pantalones vaqueros.

Qué bien dormía con el ruido de las olas como si fueran una blanda almohada. Ven, parecían decirle aquellas voces de sal. Y las noches de marea alta, se revolvía inquieta en la cama. Ven, ven, ven, danzaban sus piernas.

Y después se despertaba siempre con aquel ruido de escamas y de viejos anzuelos.

En la isla de las mujeres

Ella no es la única. Por las mañanas
se siente una niña.

Pero cuando la hora del sueño se aproxima
parece que todo lo ha visto.

Y así es aquí. Y así es allá.

Muchas son las vidas
que caben
en el plazo de un día.

RECETAS PARA DESHACER HECHIZOS

Me dieron los ingredientes.

Pero no la manera de mezclarlos.

Me explicaron: “Hazlo con ruda,

con azúcar rosado,
con eléboro blanco”.

No necesitaba hechizos.
Y ni siquiera preparé el mejunje.
Ahora me culpan de quince
encantamientos.
He cabalgado en potros.
Me ha puesto grilletes.
Pies y manos sangrientos.
Pienso que son cosas del Maligno.
Pero conservo el humor
y les grito riendo
“¿acaso teméis
que me escape volando?”

El libro de las horas y los días

Pretérito imperfecto

Aquella fue la vez
que soñé más locamente.
Mientras
tú te alejabas
yo me inventé este país
en el que ahora vivo.
El brumoso y enmarañado
bosque en el que paso
las noches
desde entonces.

Una vida imaginada

Aquella mañana, ella
abandonó la casa como si no pasara nada.
Era tan solo otro día más de vestirse y
tomar el café caliente
con los ojos aún rendidos por el sueño,
con los ojos pesados,
no por el llanto
o malos recuerdos que cruzan fugaces.
Se pasó la mano por la frente,
pero no para ahuyentar
fantasmas.
Frente a la luz, le lloran los ojos,
pero no de tristeza,
de algo inconsolable
que recordara de pronto.
Caminaba y tropezó con los últimos
borrachos de la noche
y los miró con pena,
pero no como quien piensa
en alguien amado,
acodado en una barra,
bebiendo con premeditación
y sin excusas
y finalmente atravesó una calle.

Chanel número cinco

La camiseta

Llevaba una camiseta que era como
todas las camisetas de esa tarde.
Un sol semi encendido.
Le dolía la garganta de gritar

pero no reconocía su voz,
ni la canción que entonaba,
ni el júbilo que le disparaba
como un muelle: la ola humana en
la que se hacía un rizo y se fundía.
Miró hacia las gradas e, inútilmente,
se buscó entre los rostros repetidos.

Otros domingos

ZOOLOGÍA FANTÁSTICA

La tortuga indonesia

Es de tamaño mediano y de costumbres rutinarias. Su caparazón es gris y las patas delanteras presentan una curiosa particularidad: están ligeramente moteadas de azul.

Esta coloración semejante a la tinta de una pluma Cartier es lo que ha llevado a que algún naturalista, queriendo ser gracioso, la haya llamado *testudo graeca burocraticus*.

Chiste fácil donde los haya porque este reptil jamás se ha sentado detrás de una ventanilla ni se ha ido de compras en horario de trabajo. En cambio, sí que hace las delicias de miles de gourmets dispuestos a pagar cualquier precio por un plato de sopa.

La tortuga indonesia se comporta siempre de forma dubitativa. Avanza y, al instante, recula con un gesto indeciso como de *vuelva usted mañana*.

Si le enseñas un palito suele enfurecerse aún cuando esta sea una florida rama de avellano.

Con su caparazón se hacen collares de carey que son muy apreciados por los turistas que visitan La Orotava, Sausalito y Ciudad del Cabo.

Fieras y ángeles

W de weekend

En Ululandia existe la extendida costumbre de huir de la ciudad algunas horas antes de que se acerque el sábado. Lo hacen los ululandeses más pudientes y lo llaman "uiquén". A últimas horas del viernes es frecuente, por tanto, ver, un hormiguelo de peatones apresurados, de coches en fila india y de impacientes hombres de negocios que entran, tal que una ráfaga de viento, al vestíbulo de los aeropuertos semi iluminados. [...].

Eva, el paraíso y otros territorios

Ojos de gata Christie

Odiaba las barras que se movían. Maldito vaivén. Ni que fuera el pasajero de un trasatlántico de lujo. Allí se veía: el flequillo salpicado por el viento, la espuma remoloneando por la quilla de un barco acostumbrado a destripar tanto mares azules como ricos de cuento habitan en la fantasía. Ricos que nunca van a ningún lado.

Veranos mortales

Amores de oficina

En la oficina, nuestros codos
se tocan. Esta mañana
has llegado diligente.

Te has puesto a despachar
un raro memorándum
de treinta folios,
pero la tediosa tarea
apenas te ha enturbiado.

Te vi feliz.
Bajo la mesa, bailaban tus pies
a un ritmo que solo tú tenías.

¿Quién será? - he pensado -.
Me he mordido los labios
sin que nadie me viera ...

Siete lunas

Demasiada felicidad

Me dio noticias de familia.

Los últimos meses, la navidad, el verano.
Me explicó lo de la enfermedad
de su marido; lo de la ambulancia
que acudió a buscarlo.
Mencionó su debilidad , su progresiva fatiga.
No me ahorró detalles. Pero me fue fácil
entender su lamento.
Después me preguntó si tenía algún amor.
Y fue porque dijo aquello
por lo que tuve la tentación de mentirle.

Noticias del paraíso